

cieron célebre aquel sepulcro, lo que mas le ha hecho recomendable ha sido la multitud de milagros y estupendas maravillas que en él se ha dignado obrar el Señor por la intercesion del santo Apóstol; no solo en favor de los españoles, sino de todos los fieles estrangeros que han concurrido á visitarle: cuya peregrinacion se ha estimado como una de las principales de los santos Lugares que se veneran en la cristiandad.

En efecto, el voto de esta peregrinacion es tan sagrado y augusto, que el dispensar en él es accion reservada al sumo pontífice, como lo es tambien el voto de ir á visitar el sepulcro de S. Pedro y S. Pablo, y los santos lugares de Jerusalem. En todo se manifiesta que Dios ha querido hacer glorioso el sepulcro de su santo Apóstol, dándole una gloria en el mundo, que nunca hubiera conseguido sino por medio del martirio, y á España la gran ventura de tener en su seno las sagradas reliquias de aquel Apóstol que fué el padre de su creencia.

SAN SABINO, OBISPO DE ESPOLETO, Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

QUIZÁ no hubo jamás enemigos mas mortales y mas poderosos del nombre cristiano que el emperador Diocleciano y Maximiano su compañero; pero tampoco estuvo jamás la religion cristiana ni mas triunfante ni mas gloriosa que bajo el reinado de estos dos emperadores. Proscribiéron por edictos llenos de amenazas la religion cristiana en todas las provincias del imperio. El nombre cristiano vino á ser un nombre de infamia entre todos los paganos. Los siervos de Jesucristo vinieron á ser criminales porque eran demasiado virtuosos, demasiado inocentes, demasiado religiosos y demasiado castos. Se quiso que fuera un delito capital en ellos el no asistir á los infames juegos públicos y al circo; y el furor de todo el infierno, desencadenado contra la santa ley, llegó á tal extremo, que se emplearon todas las fuerzas de aquel imperio, que habia destruido todos los estados, y subyugado todo el universo, para esterminar una religion que no se defendia sino corriendo á la muerte, y que no tenia otras armas sino una invencible paciencia, ni otros apoyos que la confianza en Jesucristo. Se levantaron en todas las ciudades, en todas las villas, en todas las aldeas horcas y cadalsos para quitar la vida á todos los cristianos, sin otro delito que el no ser infieles: no se veia en todas partes otra cosa sino fuegos encendidos, ecúleos, calderas de aceite hirviendo, uñas de hierro, torturas. Pero en

medio de esta universal carniceria de cristianos, en medio de esta horrible matanza jamás hubo mas héroes cristianos; ni mayor número de mártires; su sangre hacia aumentar cada dia el número de los fieles. El infierno agotó su rabia, su malicia, sus artificios, su crueldad para acabar con el nombre cristiano; pero lo que sucedió fué, que el paganismo se estinguó, el imperio romano se vió destruido, y la religion cristiana se estableció sobre sus ruinas. Quizá la Iglesia no hubiera poblado el cielo con mas de diez y ocho millones de mártires, si no hubiera habido Nerones, Dioclecianos, Maximianos y otros mil enemigos del nombre cristiano.

La rabia y la crueldad de los paganos contra los fieles habian llegado á tal esceso, que habiendo resuelto Maximiano estinguir y esterminar de todo punto el nombre cristiano, mandó que en todos los mercados, en los molinos públicos, en los hornos, en los caminos, en todos los mesones y junto á los manantiales de agua, en los rios, en las fuentes hubiese pequeños ídolos, y que nadie pudiese tomar agua, hacer moler ó comprar cosa alguna sin que hubiese adorado al ídolo. La malicia del demonio no habia hallado cosa mas diabólica ni más propia para descubrir á los cristianos, ó hacerlos apostatar, que este impio artificio. Pero el Señor, que vela sin cesar sobre sus siervos, proporcionó los socorros á las necesidades. En una tiranía capaz de hacer titubear á las mas fuertes columnas, levantó hombres extraordinarios, que por su intrepidez, su virtud milagrosa, su habilidad, su zelo y sus trabajos apostólicos supieron alentar tan bien á los fieles en aquellas terribles estremidades, supieron sostenerlos tan bien, animarlos y ayudarlos, que todos los lazos y artificios del infierno vinieron á ser inútiles y de ningun provecho.

Uno de los mas ilustres de estos héroes cristianos fué el admirable S. Sabino, obispo de Espoleto en Umbria. Las actas de su martirio no nos dicen ni su nacimiento, ni su pais, ni el tiempo de su consagracion. Solo se sabe que era obispo de Espoleto cuando el emperador Maximiano llevó su rabia y su persecucion contra los cristianos hasta los últimos excesos. S. Sabino habia dispuesto á los fieles mucho tiempo habia contra todo el furor del paganismo con sus instrucciones, sus cuidados y sus trabajos apostólicos. La pureza de costumbres, la fe y el fervor reinaban en el rebaño por la larga solicitud del pastor, el que creyó que en el presente riesgo no debia limitar su zelo á solo Espoleto; y así corrió todas las ciudades y pueblos de la provincia, consolando á unos, alentando á otros, y asistiendo á todos con sus consejos, con sus exhortaciones, con los sacramentos, y con todos aque-

llos socorros que puede procurar á las almas un hombre verdaderamente apostólico.

Sus infatigables trabajos no dejaron de producir frutos maravillosos; pasma el ver que un medio tan eficaz como el que habia empleado la malicia pagana contra los cristianos se hubiese hecho inútil. Se hicieron furiosas averiguaciones y pesquisas sin término para descubrir por qué artificio permanecian constantes en su religion los cristianos. Se descubrió este artificio; se supo que el obispo Sabino tenia él solo mas eficacia para animar y hacer inflexibles á los cristianos en su fe, que todos los edictos de los emperadores, todos sus tormentos y todos sus artificios para perderlos.

Noticioso de ello Venustiano, gobernador de la Toscana, detuvo bien pronto este dichoso progreso. Habiendo sabido que nuestro Santo estaba en Asís, y que no cesaba dia y noche de consolar y animar á los cristianos, á los que iba á alentar hasta en las cuevas subterráneas, se fué á Asís precipitadamente, y habiéndole encontrado en el glorioso ejercicio de su zelo con dos de sus diáconos, Exuperancio y Marcelo, los hizo prender con algunos otros de su clero; y habiéndolos cargado de cadenas, los encerró en una horrorosa prision. Pocos dias despues envió por los santos prisioneros para que comparecieran ante él; y despues de haberlos echado en cara la osadía con que habian menospreciado hasta entonces las órdenes del emperador, los mandó que adorasen allí mismo una pequeña estatua de Júpiter, hecha de coral y cubierta de una tela de oro que estaba en su gabinete. S. Sabino, inflamado de un nuevo zelo y de una viva fe, tomó el ídolo en sus manos, y arrojándole á tierra con menosprecio, le hizo pedazos.

Esta generosa accion irritó tanto á Venustiano, que allí mismo hizo cortar las dos manos al santo obispo, y estender sobre el ecúleo á Exuperancio y á Marcelo, donde los hizo moler á palos, despedazar con uñas de hierro, quemar con tizonas encendidos hasta que hubieron exhalado el espíritu al rigor de estos horribles suplicios. S. Sabino, que hallándose presente á todo, no cesó de animarlos al martirio durante todo el tiempo de los tormentos, fué vuelto á la cárcel, donde se habia resuelto dejarle morir entre los agudos dolores que le causaban sus dos manos cortadas, y de pura miseria; pero la Providencia divina proveyó á todo.

Serena, viuda, de ilustre nacimiento, y que poseia grandes riquezas, las que únicamente empleaba en alivio de los santos confesores, siendo cristiana mucho tiempo habia, le asistió y le

suministró lo necesario. Su generosa piedad no estuvo mucho tiempo sin recompensa. Tenia un sobrino ciego llamado Prisciliano, le llevó al Santo, quien habiendo hecho una breve oracion por él, le alcanzó allí mismo la vista. Este milagro fué causa de que se convirtieran quince presos que habian sido testigos de él. El gobernador Venustiano habia dejado descansar al Santo treinta dias, por el motivo de un grande mal de ojos que le habia puesto á pique de perder la vista. Siendo inútiles todos los remedios que se le aplicaban, y creciendo el dolor cada dia, fueron á decirle que el obispo Sabino acababa de dar vista á un ciego. El temor de perder los ojos, y el dolor agudo que le atormentaba, le obligaron á ir á la cárcel á ver al santo obispo; fué allí con su mujer y dos hijos, y encarándose al Santo, le dijo: Os ruego humildemente os olvideis de los tormentos que os he hecho sufrir, y tengais á bien darme algun alivio en el insoportable dolor que padezco. S. Sabino le respondió que si queria creer en Jesucristo y hacerse bautizar con toda su familia, al punto quedaria perfectamente sano. Venustiano aceptó el partido, y arrojando al rio los pedazos del ídolo de coral que nuestro Santo habia roto, le pidió le instruyera en la fe, y al instante se halló curado, y recibió el bautismo; su mujer y toda su familia participaron de la misma dicha, lo que habiendo venido á noticia del emperador, mandó que ó negasen al instante la fe de Jesucristo, ó que se les cortase á todos la cabeza. La constancia en la fe hizo en ellos otros tantos mártires; y S. Sabino tuvo el dulce consuelo de ver á este dichoso escuadron coronado antes que él con la diadema del martirio.

Lucio, sucesor de Venustiano en el cargo del gobierno, hizo conducer á Esopoletto á S. Sabino: le instó fuertemente á que se sometiera á la voluntad del emperador; pero viendo que así sus promesas como sus amenazas eran inútiles, le hizo azotar con látigos forrados de plomo, cuya orden fué ejecutada con tanta barbarie, que el Santo espiró entre los golpes. El Martirologio romano pone este glorioso martirio el dia 30 de diciembre. Su santo cuerpo fué llevado durante la noche por la virtuosa Serena, la que le enterró á media legua de la ciudad, y con él las manos que habia conseguido por dinero y habia embalsamado. Con el tiempo se edificó una magnífica iglesia sobre su sepulcro; y muchas ciudades de Italia se glorian de tener algunas porciones de sus reliquias.

La misa que se dice en honra de S. Sabino es del Comun de un mártir pontífice, y la oracion la siguiente:

Dios omnipotente, mirad con piedad nuestra flaqueza; y por cuanto el peso de nuestros pecados nos abruma, haced sea-

mos fortificados por la gloriosa intercesion del bienaventurado Sabino, vuestro mártir y pontífice. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 10 del apóstol S. Pablo á los romanos.

Hermanos: El deseo de mi corazon, y la oracion que yo hago á Dios es para la salud de ellos; porque yo les doy testimonio de que tienen zelo de Dios, pero no segun la ciencia. Pero que no conociendo la justi-

cia de Dios, y pretendiendo establecer la suya, no se han sujetado á la justicia de Dios. Porque Cristo es el fin de la ley para la justicia de todo el que cree.

REFLEXIONES.

Deseo su salvacion con todo mi corazon. El verdadero zelo es tierno y paciente; un ministro del Evangelio, animado de este zelo, léjos de acobardarse al ver la inutilidad de sus trabajos, multiplica sus votos y sus oraciones por los pecadores; desconfiamos de un zelo que se irrita contra el pecador tanto como contra el pecado. El zelo duro y amargo no es propiamente otra cosa que una pasion maligna que se disfraza con el nombre de zelo para poder satisfacerse sin vergüenza, y que introduce su veneno por entre una mascarilla de caridad. El verdadero zelo jamás se halló junto con el espíritu de venganza, ni con el espíritu de partido. Este zelo es vivo y ardiente, pero nunca es acre. Los dos apóstoles todavía imperfectos querian hacer bajar fuego del cielo para esterminalar un pueblo de Samaria que no habia querido admitir al Salvador. Pero Jesucristo les dijo: No sabeis de qué espíritu estais animados cuando así hablais. De este mismo espíritu estan animados todos los que tienen un zelo picante y acre. La mansedumbre, la humildad de corazon, la compasion de los pecadores y la misericordia son el carácter y el distintivo de todos los hombres apostólicos. Esa amargura en el zelo nace ordinariamente de un espíritu orgulloso y de un corazon corrompido. *Les confieso que tienen zelo por la ley, dice el Apóstol, pero este zelo no es segun ciencia.* Tal es el carácter

de los defensores de la verdad, que al mismo tiempo que se les persigue hasta el esceso, y se les censuran sus mas santas acciones, disculpan el furor y la ceguedad de sus perseguidores. Pero por lo mismo hacen sin querer mas visible su virtud y la malicia de sus enemigos; hacen su propia apologia; queriendo hacer la de los otros. ¡A qué escesos, gran Dios, no se deja llevar el zelo que no es segun ciencia! ¿Y quién es capaz de detenerle? La conciencia y la religion, que sirven de freno á las otras pasiones, le sirven de aguijon, y en el mismo delito le inspiran la seguridad que acompaña á las acciones mas santas. Los pretendidos hombres de bien y en la realidad hombres de partido son los que están así engañados y seducidos: á todos los otros los tienen por impostores y seductores. A la verdad, en un falso zelo hay siempre mucha ignorancia; pero todavía mas orgullo y mas deseo de la independencia. El judío, tan orgulloso como el pelagiano, no atribuye su justicia sino á sus obras. El novador libertino no la atribuye sino á su fe; el verdadero y humilde atribuye la suya á la fe y á la gracia, á la que no hace mas que cooperar con sus obras. De este modo no tiene de que gloriarse cuando es justo, y tiene de que humillarse cuando es pecador. La ley no fué dada sino para conocer al Mesías, para confirmar las promesas que se habian hecho, para trazar las figuras que le representaban, y para salvar á los que creian en él aun antes de su venida. Es el conocimiento de Jesucristo aquella llave misteriosa de David, que abre el libro de la ley; y así, el judío que desconoce al que es el fin de la ley, no puede entrar en el espíritu de la ley, ni ser justificado por ella.

El Evangelio es del cap. 14 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mi, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hom-

bres; al que viene contra él siciones de paz. Así, pues, con veinte mil? De otra suerte, cualquiera de vosotros que no aun cuando esté muy léjos, le renuncia á todo lo que posee, envia embajadores con propo- no puede ser mi discipulo.

MEDITACION.

Del pesar que se debe tener al fin del año de haber empleado mal el tiempo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que nuestra vida está compuesta de un número de años, que sucediéndose los unos á los otros, se escurren sin cesar, sin esperanza de ver jamás volver ningun día, ni una sola hora de todos ellos. Los años pasados están pasados, y nunca vuelven. Este número de días, de semanas, de meses y de años son aquel tiempo precioso dado por Dios á cada uno de nosotros, únicamente para obrar en ellos nuestra salvacion; son propiamente aquel talento multiplicado, ó á lo menos numeroso, segun plugo al padre de familias, con que es menester negociar, y de que necesariamente se ha de dar cuenta. Aunque nuestra vida hubiese de ser de las mas largas, hay una hora que debe ser la postrera, despues de la cual ya no hay mas tiempo: *Et tempus non erit amplius*. Desde que estamos en el mundo no ha habido un año que no haya sido el último para muchas gentes que se prometian todavía otros muchos. Y este que acabamos terminará la carrera de muchos que no verán el primer día del año próximo. Este año acaba para nosotros como para todos los otros. ¡Qué pesar, buen Dios, qué dolor para todos aquellos que quizá han perdido todos los días! ¿No tengo yo nada que reprenderme sobre este artículo? He aquí que he llegado al fin de este año, cuyos días debia haberlos empleado todos en obrar mi salvacion. ¿Cuántos de estos días he empleado en este grande, en este importante y único negocio? He trabajado mucho por el mundo; ¿pero he ganado mucho para el cielo? Y si nada he hecho para la eternidad, he aquí un año todo perdido. ¿Quién me ha dicho que mi salvacion no estaba ligada al buen uso que debia hacer de este año? ¿quién puede asegurarme que no dependja mi salvacion de mi fidelidad á las gracias que Dios me ha dado en el discurso de este año? ¿Qué dulce consuelo tendria yo ahora si hubiese empleado bien á lo menos la mayor parte de este año! Pero asimismo, ¡qué cruel pesar será el mio si mi conciencia me echa en cara un abuso continuo de todo este tiempo y de todas estas gracias perdidas para siempre!

PUNTO SEGUNDO. — Considera las ocasiones y los medios que has tenido para obrar tu salvacion en todo el discurso de este año. Trae á la memoria todas las gracias que has recibido en él. ¡Cuántas inspiraciones, cuántos consejos saludables, cuántos buenos ejemplos, cuántas fiestas de religion, cuántos días de salvacion, cuántas ocasiones de hacer buenas obras! Todo te convidaba á convertirte, y tú has abusado de todo. La enfermedad te ponía delante de la vista la muerte, y la salud no te se habia concedido sino para hacer penitencia. La muerte inopinada de tus prójimos y de tus amigos te acordaba la tuya, y tú has abusado de todo. Los días de fiesta los has profanado por el mal uso que has hecho de ellos con tu ociosidad: tus diversiones lo han absorbido todo, y todo lo has perdido. Anda ahora, y dile al mundo, por quien has trabajado, y á esos placeres pasados que tanto te han costado, que te indemnicen de la pérdida que has tenido, y que en cierto modo es irreparable. No hubo un día de este año que no se te diese para obrar tu salvacion; ¿y en qué has empleado todos esos días y todas esas horas? ¡Oh y qué dolor tan agudo, qué pesar tan amargo cuando se está sin esperanza de resarcirse de una pérdida, y cuando el arrepentimiento es estéril! Tal es el pesar que se tiene por haber perdido el tiempo. Podemos hacer una resolucion de emplear bien el tiempo que nos queda; pero todo nuestro arrepentimiento, por mas vivo que pueda ser, no puede hacer que el tiempo que se ha empleado mal no sea tiempo perdido. Sin embargo, una verdadera contricion puede en cierto modo disminuir esta pérdida, ó á lo menos compensarla con el buen empleo de todos los momentos venideros.

Este es, Señor, el solo recurso que me queda. Me pesa en el alma haber perdido un año tan bello; pero espero en vuestra gracia que el buen uso que haré de estos dos últimos días y de todo el resto de mi vida me consolará sobre la pérdida de tan bellos días.

JACULATORIAS. — Señor, mi corazon se llena de amargura al pensar en tantos años como he perdido. (*Isaias 38.*)

Yo os prometo, Señor, no perder de hoy en adelante dia alguno de mi vida, y emplear en vuestra gloria y en mi salvacion todo el tiempo que me queda hasta la muerte. (*Ibidem.*)

PROPOSITOS.

La pérdida del tiempo es irreparable; pero puede sacarse

de ella algun fruto. ¿Has perdido infelizmente casi todo el año que acaba? No pierdas á lo menos los dos últimos dias que quedan; empléalos todos en indemnizarte de los dias perdidos. Empieza pidiendo perdon á Dios del tiempo que has perdido en todo este año, y ten de ello verdadero pesar y una sincera contricion. Haz una confesion de las principales faltas y culpas de todo este año; y acúsate con vivo arrepentimiento del tiempo perdido. Ten media hora de meditacion esta mañana; el primer punto de la meditacion de este dia puede ser sobre las faltas del año pasado, y el segundo sobre como has de emplear estos dos dias en oracion y en ejercicios de buenas obras; y ten el consuelo de pasar cristianamente á lo menos estos dos dias últimos.

2 No dejes de ir á hacer una especie de enmienda honrosa á las iglesias donde has estado con menos respeto durante el año; ni dejes de reconciliarte con tus enemigos, si los tienes. Repara hoy por la devocion con que hicieres tus oraciones, las que has hecho con tan poca religion. Oye, si puedes, muchas misas, y repara por todos caminos tus irregularidades pasadas.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN SILVESTRE PAPA, en Roma; el cual bautizó al emperador Constantino magno, y confirmó el concilio de Nicea, y despues de otras cosas que hizo como muy fiel ministro del Señor, descansó en paz. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LAS SANTAS DONATA, PAULINA, RÚSTICA, NORMINANDA, SERÓTINA, HILARIA Y SUS COMPAÑERAS, en Roma tambien, en la via Salaria, en el cementerio de Priscila.

LOS SANTOS SABINIANO, OBISPO, Y POTENCIANO, en Sens; los cuales enviados allá por el papa á predicar el Evangelio, ilustraron aquella metrópoli con el martirio de su confesion.

SANTA COLUMBA (ó COLOMA), virgen y mártir, tambien en Sens; la cual en la persecucion del emperador Aureliano, habiendo vencido el fuego, fué degollada. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN HERMES, exorcista, en Rectaria.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS ESTEBAN, PONCIANO, ATALO, FABIAN, CORNELIO, SIVTO, FLORO, QUINCIANO, MINERVINO Y SIMPLICIO, en Catania en Sicilia.

SAN ZOTICO, presbítero romano, en el mismo dia; el cual pasando á Constantinopla tomó á su cargo el sustentar á los huérfanos. (Por su nobleza y santidad fué otro de los distinguidos personajes que el gran Constantino llevó de Roma para ilustrar su nueva corte de Bizancio (llamada despues de su nombre Constantinopla). Fué allí Zotico el